

Catecismo 32. LA PROFESIÓN DE FE.

Las vías de acceso al conocimiento de Dios II

2011

Mons. JOSÉ IGNACIO MUNILLA

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra Madre, la Iglesia.

Nos habíamos quedado en el punto 32, y estamos hablando de cuáles son las vías de acceso al conocimiento de Dios, las vías naturales, cómo poder conocer a Dios por nuestra capacidad racional. **¿El hombre puede conocer a Dios? ¿puede llegar a concluir con certeza la existencia de Dios utilizando su razón?** Nuestra respuesta es sí, otra cosa es que luego, existe la capacidad también de oscurecer la razón y complicarnos la manera de razonar y de comprender. También nuestra historia de pecado ha hecho que dificultemos el conocimiento natural, pero el hombre sí tiene capacidad de conocer a Dios, su existencia, utilizando bien su razón. Nuestra razón ha sido creada por Dios con un deseo de conocer la verdad y además con capacidad para conocerla. Por eso, cuando Dios se revela, nos habla, viene a nuestro encuentro...se encuentra con un hombre que tiene deseo de Dios, nosotros le buscamos y estamos llamados a interrogarnos por las grandes preguntas. Decíamos en el programa anterior que entre los distintos caminos para intentar demostrar la existencia de Dios hay uno que es el más popular, además racionalmente muy bien fundamentado, que es el del orden del mundo. **¿Cómo es posible el orden del mundo?** Si tuviésemos que explicar esta existencia meramente como la confluencia de una serie de causalidades que, en el devenir, tras una explosión primera...claro, luego vendrá la pregunta que de dónde viene eso que explota, pero eso lo dejamos para más adelante...sin preguntarnos de donde viene el ser, sino de dónde viene el orden. Hay una explosión primera y que de ella haya venido todo esto... hay que pensarse que si es racional un orden tan grande en el universo como para que pueda tener lugar sin unas leyes ordenadoras puestas por una **inteligencia ordenadora**. Hay un proyecto en este mundo, hay un proyecto, y una desproporción tremenda en pensar que este orden es absolutamente circunstancial, casual...etc.

Recuerdo la anécdota de una joven muy guapa, que estaba en ese momento de dudas interiores, le habían explicado la teoría de la evolución en clave atea, en clave

contraria a la existencia de Dios, que lógicamente se puede explicar la teoría de la evolución de una manera conjunta y no antitética con la existencia de Dios. Recuerdo que decía la joven que nosotros provenimos del mono, Dios no ha intervenido, todo ha sido un devenir casual de la adaptación de las especies...y en plan medio en broma le dije “¿Te has mirado al espejo para decir sin más yo provengo del mono?”. A veces cuando dejamos de creer en Dios creemos en cualquier cosa. Es muy popular este argumento porque sin necesidad de ser ningún filósofo ni hablar en términos muy complicados, el *sensus* de los hombres de buena voluntad ha concluido que el orden del mundo es maravilloso, demasiado grande para poderse explicar así porque sí.

Yo diría que el pensamiento popular, y a él se ha unido el conocimiento científico, puede prestar un gran servicio a la creencia en Dios. Los grandes científicos han ayudado mucho a poder ver las huellas de Dios ahí donde estamos. Voy a intentar dedicar el programa de hoy a estos argumentos u observaciones prácticas que nos permiten ver el orden del mundo y conllevar de él la existencia de Dios.

Le escuche a **Don José Antonio Sayés** un ejemplo muy gráfico, imaginémonos que hay un pico de una montaña a la que nadie ha ascendido todavía y entonces hay una gran expectación porque hay un grupo de montañeros que anuncian que van a acometer ese pico. Se va a ascender con una expectación muy grande, se convoca a la prensa, radio y televisión... tras muchas dificultades llegan a la cumbre. Cuando piensan que son los primeros que están allí y están contemplando la belleza y disfrutando de esa gloria de ser los primeros...uno de ellos dice "Mirad, aquí hay un buzón de montaña". Es una caja metálica que con forma artística de caserío se suele afincar en la roca con cemento y en la pared del buzón suele haber una inscripción "Club Montañero de Castilla fecha tal" y se abre la cajita y pone el nombre del montañero... Así uno dice: "Que no somos los primeros, pero de esto no diremos nada, del tema del buzón ni pio". Bajan, se convoca la rueda de prensa, cuentan las dificultades de subir, etc. Y un periodista, de repente, lanza una pregunta “¿No encontraron ustedes un buzón de montaña en el pico?”. Se quedaron perplejos. "Sí, sí que había uno, pero pudo ser una casualidad, una placa de hierro de un avión que ha podido caer...", pero "¿No tenía forma de buzón y no estaba escrito Club Montañero de Castilla?"... "Sí, pero ha podido ser una casualidad que también haya cogido con el paso de los años esa forma concreta", "pero... ¿No estaba sujeto con cemento?" ... "Sí, pero podría ser una reacción química que pudiera dar lugar a la semejanza con la obra del hombre" ... Nadie se creería esa historia, todos creerían, "¡Estos han subido al monte, pero no han sido los primeros!". Pues este razonamiento tan sencillísimo, si lo admitimos por un simple buzón de montaña, que somos conscientes de que no puede ser fruto de la casualidad... ¿Cómo no lo vamos a admitir del orden increíble que existe en este mundo, en los planetas, en los animales, en las galaxias...? **¿Cómo va a ser todo producto del azar?** ¿Hay comparación entre un buzón de montaña y un cerebro humano, por ejemplo? ¿Hay posible comparación? Ejemplos como estos podríamos poner muchísimos.

Hay un libro que es un clásico **A Dios por la ciencia**, seguro que habrá libros más actuales, pues este es de finales de los 60 o principios de los 70, en el que el autor se

dedica a ver el orden y concluye que es imposible que toda la naturaleza tenga un orden casual. Recuerdo otra anécdota, a veces necesitamos ejemplos concretos, una anécdota de un padre que tenía un hijo con una edad complicada en la que cuestionaba todo y tenía dudas sobre la existencia de Dios. El padre intentaba dar razonamientos sobre el orden del mundo, del universo y el hijo decía que podía ser fruto de la evolución, de la adaptación de las especies, etc. El padre más que ponerse a discutir con el hijo intentó pasar el momento de rebeldía y él, que tenía un jardín, trazó en un rincón con grandes letras el nombre de su hijo "DANIEL", y lo que hizo fue sembrar, hacer como un surco con el nombre de Daniel en la tierra. Metió semillas de berros en los surcos siguiendo el trazado del nombre de Daniel y luego extendió la tierra tapándolo todo. Cuando llegó la primavera salieron los berros formando el nombre de Daniel en el suelo. Un día el hijo llama corriendo a su padre y le dice "¡Que aquí está mi nombre, que estos berros tienen el nombre de Daniel!", el padre no le hizo mucho caso, le quitó importancia y le dijo "Eso será una casualidad", y le dice el hijo, "¡Pero bueno, papa, estás tonto, este es el nombre de Daniel!", hasta que el padre ya le dijo "¡Pues claro hijo! Es que lo planté yo para que abras los ojos y te des cuenta de que las casualidades no existen, donde hay un orden tan grande ha de haber un ordenador, si no te crees que las plantas al azar hayan formado el nombre de Daniel, ¿Te vas a creer que esta naturaleza es casual?". Por eso es bueno que seamos contemplativos, espectadores activos del orden del universo porque es una de las grandes vías para llegar al conocimiento de Dios.

Uno de los errores o engaños más grandes que se intentan transmitir a nuestros jóvenes en el sistema de enseñanza por parte de algunos profesores, agnósticos, que manipulan desde sus cátedras o desde ese lugar tan grande de responsabilidad que se les ha encomendado que es la educación de las conciencias y del saber, pues una de las manipulaciones más grandes es plantear la ciencia como contrapuesta a la fe. Tú tienes que elegir entre ser un joven de ciencia o un joven religioso. No se puede ser religioso y ser un hombre de ciencia. El caso es que esa dicotomía es tan absurda... Además, podemos ver que aquellos **descubridores o científicos pioneros en el conocimiento de las leyes del universo han sido en su inmensa mayoría grandes creyentes**. Vamos a ver algunas de entre las muchísimas declaraciones que se pueden entresacar de los grandes descubridores creyentes.

Por ejemplo, **Johannes Kepler (1571-1630), astrónomo**: *"Dios es grande, grande es su poder, infinita su sabiduría. Alábenle cielos y tierra, sol, luna y estrellas con su propio lenguaje. ¡Mi Señor y mi Creador! La magnificencia de tus obras quisiera yo anunciarla a los hombres en la medida en que mi limitada inteligencia puede comprenderla"*. Y esto lo dice Kepler, científico astrónomo y pionero en el conocimiento del Universo.

Nicolás Copérnico (1473-1543), astrónomo: *"¿Quién que vive en íntimo contacto con el orden más consumado y la sabiduría divina, no se sentirá estimulado a las aspiraciones más sublimes? ¿Quién no adorará al Arquitecto de todas estas cosas?"*.

Isaac Newton (1643-1727), fundador de la física teórica clásica: *“Lo que sabemos es una gota, lo que ignoramos un inmenso océano. La admirable disposición y armonía del universo, no ha podido sino salir del plan de un Ser omnisciente y omnipotente”.*

Alessandro Volta (1745-1827), descubrió las nociones básicas de la electricidad: *“Yo confieso la fe santa, apostólica, católica y romana. Doy gracias a Dios que me ha concedido esta fe, en la que tengo el firme propósito de vivir y de morir”.*

André-Marie Ampere (1775-1836), descubrió la ley fundamental de la corriente eléctrica: *“¡Cuán grande es Dios, y nuestra ciencia una nonada!”.*

Charles Darwin (1809-1882), al que a veces se recurre para defender el ateísmo, naturalista (Teoría de la Evolución): *“Jamás he negado la existencia de Dios. Pienso que la teoría de la evolución es totalmente compatible con la fe en Dios. El argumento máximo de la existencia de Dios me parece la imposibilidad de demostrar y comprender que el universo inmenso, sublime sobre toda medida, y el hombre hayan sido frutos del azar”.*

Thomas Alva Edison (1847-1931), el inventor más fecundo, 1200 patentes: *“Mi máximo respeto y mi máxima admiración a todos los ingenieros, especialmente al mayor de todos ellos: Dios”.*

Albert Einstein (1879-1955), fundador de la física contemporánea, premio Nobel en 1921 (Teoría de la Relatividad): *“Todo aquel que está seriamente comprometido con el cultivo de la ciencia, llega a convencerse de que en todas las leyes del universo está manifiesto un espíritu infinitamente superior al hombre, y ante el cual, nosotros con nuestros poderes debemos sentirnos humildes”.*

Podríamos seguir con toda una retahíla de reflexiones de muchos científicos, en los que su contacto con la naturaleza y la investigación ha potenciado su sensibilidad de creyentes. Por una parte, ya habéis visto como entre las frases que he leído son de astrónomos que han conocido el Universo sin necesidad de detenernos en la descripción detallada del firmamento, pasando por alto tantas cifras asombrosas de las distancias siderales, del número de galaxias...etc., lo que impresiona es el orden admirable e increíble que reina en el Universo, hasta el punto de que se pueden prever con exactitud los eclipses y otros fenómenos más complejos. Por ejemplo, el 02/10/1959 en Canarias era visible un eclipse total de sol tal y como había sido previsto mucho tiempo antes, el anterior eclipse de sol había tenido lugar el 30/08/1905 y sabemos que hay que esperar hasta el siglo XXII para contemplar otro eclipse como aquel dentro de nuestras fronteras en España. El que se pueda predecir todo esto supone que hay unas leyes ordenadísimas que hace que podamos prever algo con tantos siglos de distancia. **¿Y de dónde viene ese orden en el Universo?** Lo mismo cabría decir con respecto a las plantas.

Vittorio Marcozzi que tiene también un célebre libro *“El problema de Dios y las ciencias” (1967)*, reflexiona sobre lo que supone algo tan sencillo, algo tan maravilloso como es la síntesis clorofílica. Sabéis que las plantas hacen la **síntesis clorofílica** para poder sintetizar a través del sol. Pues todo concurre en ellas a favorecer en el mejor de los modos la síntesis clorofílica. Supone que tienen una epidermis transparente para que el sol pase, tienen un parénquima en empalizada con las células ordenados de modo que estén expuestos a la luz la mayor parte del tiempo, eso supone que la disposición de las hojas a lo largo de la rama tiene lugar según un ciclo determinado de modo que se cubren entre sí lo menos posible recibiendo la mayor cantidad de luz posible, sin estorbarse unas hojas con otras.

Darwin a este respecto solía reconocer, «si deseáis salvarme de una muerte miserable, decidme por qué el ciclo de la hoja tiene siempre un ángulo de $1/2$, $1/3$, $2/5$, $3/8$, etc., y nunca de otro modo distinto. Ello es suficiente para hacer enloquecer al hombre más tranquilo». ...por eso él llegó a la creencia, porque le atormentaban estas preguntas. Darwin intuía con estas palabras que no puede ser producto del azar un orden matemáticamente perfecto. Es increíble que tengan esa disposición en todos los árboles, en todas las especies.

Podríamos poner tantos ejemplos, por ejemplo, en el reino animal es muy célebre el caso que cuenta **Fabre** (1823-1915) famoso entomólogo francés, muy **estudioso de las abejas**. Cuenta él que alguien se propuso un día saber con exactitud qué perfil de la tapadera de una celdilla de panal de abeja convendría más, combinando la mayor resistencia con el mínimo de cera empleada. Máxima capacidad de miel con el mínimo de cera posible para no gastar cera en balde. Él hizo el estudio matemático y con la tabla de logaritmos en mano llegó a pensar que lo que hace la abeja en este sentido estaba mal. Con la tabla de logaritmos en la mano vino a demostrar que las abejas podrían haberlo hecho un poco mejor, con una mínima variación podrían haber obtenido más miel con menos cera. Meses después, una noticia de periódico llamó su atención: un capitán de barco a quien se pedían responsabilidades por un naufragio alegaba como excusa un error en la tabla de logaritmos que usaba. El investigador se inquietó cuando cayó en la cuenta de que usaba la misma tabla que él para hacer el cálculo de la tapadera de la celdilla del panal. Corrigió el error de la tabla, volvió a hacer el cálculo, y ¡las abejas tenían razón! Fue necesario descubrir la tabla de logaritmos perfecta para concluir que las abejas tenían razón. ¿Y cómo es posible que las abejas sin tener capacidad racional sean capaces de hacer una obra tan perfecta en la naturaleza? ¿De dónde viene esa perfección? Tantas otras reflexiones han sido las que más personas alejadas de Dios han llegado a acercarnos al misterio de su existencia.

Yo recuerdo que en mi infancia y mi adolescencia teníamos un hermano religioso, profesor nuestro, que nos decía “¡Abrid los ojos, no vayáis por el mundo como maletas, abrid los ojos, contemplad lo que ocurre a vuestro alrededor para ser contemplativos y para ver las huellas de Dios allí donde vivimos!”

Sin duda alguna una de las obras más perfectas de la creación, la obra más perfecta de Dios en la creación es el hombre. **“Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él, el ser humano, para darle poder?”**. Pero, sin embargo, aunque el hombre no tenga las dimensiones ni la grandeza del resto de la creación, sin duda alguna es la obra más perfecta de la creación, también la cumbre de la evolución y por eso, la contemplación del hombre, de su maravillosa perfección, nos puede ayudar muchísimo para llegar a concluir la existencia de Dios.

En ese libro, *A Dios por la ciencia*, me he estado acercando a la explicación contemplativa que hacen del oído, el oído que es el mejor de los pianos, o la mejor de las arpas jamás conocida. Nosotros solemos decir ¡qué sublime es la música, que es capaz de elevarnos a Dios!, pero en realidad, **la sublime no es la música sino tu oído**, la música en realidad fuera de ti no existe, la música existe dentro de ti. Es más, si una orquesta tocara en el interior del oído después de haber pasado una determinada zona tú no percibirías nada, la música “es” porque ha pasado por el oído y tienes la capacidad de convertirla en melodía. El mismo oído es una pequeña ventana para asomarnos al orden de Dios en la naturaleza. Comenzando por el oído externo, por ese pabellón externo que tenemos que está perfectamente diseñado para recoger los sonidos, gracias a esas amplias sinusoidales y esos relieves que parecen extraños, pero que están perfectamente diseñados para recoger las ondas sonoras que vienen en todas las direcciones y conducirlas al interior del oído. Con un conducto auditivo que por una parte está siempre abierto y por otra parte, siempre protegido con ciertos pelos sedosos y con unas glándulas que siempre están segregando cera que, aunque parezcan un fastidio, en su providencia Dios ha querido que nuestro oído esté siempre atento pero a su vez, protegido de inoportunos intrusos, mosquitos, polvo... Ha sido pensado en un equilibrio impresionante.

Uno va avanzando más, y llega al oído medio donde encontramos el tímpano y es como una parte de un tambor, que vibra, y después del tímpano tiene como una palanca dividida en tres huesecillos, el martillo, yunque y estribo. Recuerdo haber escuchado a un médico ante la pregunta de si podría haber ahorrado la naturaleza dos huesecillos, en lugar de 3 huesecillos para hacer de palanca y transmitir esa vibración podría haber sido solo un huesecillo, y decía el médico que, si hubiera sido un solo hueso los sonidos fuertes hubiesen roto el tímpano, gracias a que está dividido en tres, los sonidos estridentes pueden aplacarse y no terminar de romper interiormente al hombre. Está perfectamente pensado.

Si llegamos al oído interno, vemos que es un auténtico santuario donde tiene lugar el misterio del sonido, esa gran orquesta. Las ondas de aire por sí mismas no bastan para formar los sonidos. Un objeto que vibre menos de 20 veces por segundo, no llega a causar impresión sonora o un objeto que vibre más de 23.000 tampoco se percibe. Esa gran arpa tiene la capacidad de percibir, en todos los sonidos que estén entre esa vibración tiene capacidad de convertirlos en íntimas notas, que son capaces de arrancar la emoción del hombre por lo que se nos está transmitiendo. Allí nos encontramos con

el caracol del oído que es como una sala de música tallada en roca viva, como si fuese un teclado en espiral, enroscado a una columna, una verdadera escalera de caracol cuyos peldaños forman como las teclas de un piano. Es algo impresionante, nuestros pianos suelen tener 85 teclas entre blancas y negras, pero en este piano escalera de nuestros oídos hay 10.500, no son 85 teclas sino 10.500, en un espacio de 28 o 30 milímetros. ¿Y cómo producen las teclas el sonido? Porque existe un líquido, la endolinfa, que llena toda esa cavidad que es como si fuese el músico, el pianista, que con un mecanismo sencillo pero asombroso transmite en ese líquido las vibraciones que han venido del aire. Las vibraciones de aire llegan al pabellón de la oreja, ésta las recoge como en un embudo y las transmite a través del conducto auditivo externo hasta la membrana del tímpano; chocan con ella y la hacen estremecer, poniendo, al mismo tiempo, en conmoción la cadena de huesecillos. Estos la transmiten a la ventana oval, a esa ventana que cierra el oído interno, y cada sacudida hace vibrar en el interior a ese líquido, la endolinfa, y despierta unas ondas que parecen imperceptibles pero que corren y cada una de ellas, cada onda, toca una o varias a la vez de las teclas de las 10.500 teclas que tiene el caracol, precisamente las que deben vibrar y no otras. Esto no es todo, después nos encontramos con que a cada uno de los, en la rampa última en los órganos de Corti, allí nos encontramos con que a cada uno de los 6.000 pilares internos corresponde una célula y tres a cada uno de los 4.500 pilares internos, todas ellas tienen un filamento especial, un hilo delgadísimo de nervio que los pone en comunicación con el cerebro. Tienen después unas 36.000 células vibrantes. 36.000 células auditivas, 720.000 cilios y unos 36.000 filamentos nerviosos que van del caracol al cerebro. Total, cerca de un millón de piezas o instrumentos musicales para que podamos oír... y esto de un oído, que luego además hay otro, que son dos. Uno ve lo que es la maravilla de la creación, del orden del ser humano y no puede sino alabar a Dios.

Tiene guasa que muchas veces no nos damos cuenta de lo que tenemos hasta que lo perdemos, hasta que uno no tiene dificultades de oír, o de ver, no se pone a pensar en el misterio del oír o de la maravilla de la visión. Digamos lo siguiente, parafraseando a Kant, filósofo conocido, ***hay dos cosas que llenan mi mente de admiración y respeto, el cielo estrellado, que tengo encima de mí y la ley moral que tengo dentro de mí, para mí son pruebas de que hay un Dios encima de mí y dentro de mí.*** Kant decía el orden del universo y mi conciencia, dos pruebas de la existencia de Dios, una allá en lo alto, la maravilla de la creación y otra dentro de mí. Pero, lo que es obvio, y citando de nuevo a Einstein es que la ley del cosmos revela una inteligencia de tal superioridad que comparado con ella todo pensar humano es insignificante. Estamos descubriendo la inteligencia del creador a través del orden de la creación.

Estamos en el punto 32 que comienza diciendo: “El mundo: A partir del movimiento y del devenir, de la contingencia, del orden y de la belleza del mundo se puede conocer a Dios como origen y fin del universo”. Hoy hemos hablado del orden y la belleza del mundo. Dejamos para otro día el movimiento, el devenir la contingencia.

ALABADO SEA JESUCRISTO.